

## FR. GERUNDIO.

---

*Si quis dixit non esse inter  
astra revoltijum quemdam, qui pau-  
peribus terricolis carus costare po-  
test, anathema sit.*

---

Si alguno dijere que no anda por los astros cierto revoltijo, que á nosotros pobres habitantes de este grano de mostaza que llamamos suelo español, nos puede salir un poco caro, le mullo las costillas de lo lindo.

CONC. 2. GERUND.

---

FR. GERUNDIO Y SU LEGO

EN EL OBSERVATORIO ASTRONÓMICO.

---

Ya tenia yo gana de dar un vistazo allá por los cielos, puesto que los sucesos de este pícaro planeta terrestre en que por mal de nuestras cul-

pas bullimos los gusanillos de los hombres me tienen ya fastidiado y aburrido hasta el punto de sentir mas de cuatro veces que Dios haya estado tan fino que le haya dotado á uno de un par de ojazos linceos para ver lo que ve, de un par de oídos de raposa para oír lo que oye, de un par de narizotas en cuarto mayor prolongado para oler lo que huele, de un par de palpatrices manos para palpar lo que palpa, y de una bocaza como la de un pajar y una lengua como una pala de horno para gustar lo que gusta.

Digo pues, que ya tenia gana de echar una ojeada por el pais de los astros, pero desde un local oportuno y con el auxilio de los instrumentos astronómicos, pues hasta ahora no habia tenido proporción de mirar sino desde la torre de alguna iglesia ó desde las cuéstras de mi lugar, y con estos ojos de la cara, que aunque ven bien gracias á Dios, ven mas de lo que quisieran en la tierra y no ven lo que desearian en el cielo. Al fin quiso la fortuna depararme ocasion de satisfacer mi autojo, debida á la amistad y fineza del ilustrado profesor del observatorio astronómico de esta corte, D. Pedro María Delgado, que tuvo la bondad de invitarme no ha muchos dias á disfrutar de aquel establecimiento. No me hice de rogar, como se deja suponer, y mis lectores pueden figurarse vernos á Tirabeque y á mi camino de Atocha derechos como unas lanzaderas á entrar por la puerta que por aquella parte conduce al

Retiro, y de consiguiente al observatorio llamado de S. Blas.

«Señor, ¿á donde vamos?» me preguntaba Tirabeque por el camino.—Tú sígueme sin cuidado, que no vamos á mala parte. Vamos á ver lo que pasa en el cielo.—Señor, no nos metamos donde no podamos salir. Mire vd. no nos suceda lo que á aquel *Pícaro* que dice la historia que por querer subir al cielo se le derritieron las alas con el calor del sol, y *chás*, dió un porrazo en la charca que no se ha vuelto á saber mas de él.—No estás tú mal *Pícaro*, y mal corrompedor de voces. *Icaro* se llamaba, hombre, y no *Pícaro*. Pero no temas que tal nos suceda, porque nosotros no hemos de subir en alas, sino que lo hemos de ver desde aquel templete que está en aquel altito de la izquierda sostenido por aquellas columnas que verás desde aquí.—Si que las veo, si señor: y estará seguro aquello?—Pues no ha de estar, lo que no tengamos una que  
aquí en Madrid todo  
yo no quisiera huy  
por ver lo que  
tengas cuidado.

En estos días  
bimos á la s  
hermosos oc  
rómetros y  
encuentran  
Prado á ver

zarle la cara de un cordonazo por haberse atrevido á decir en el Senado en la sesion del 11 de julio que no habia un solo instrumentó en el observatorio de Madrid. El inventario de ellos obra en el ministerio de la Gobernacion, y el Sr. Heros ha sido ministro de la Gobernacion; ¿qué tal, hermanos?

El director colocó uno de aquellos preciosos anteojos en la posicion correspondiente para ver la luna, y en efecto tuve el gusto de ver aquel planeta y observarle en su medio disco con la distincion y claridad que proporciona el ausilio de tan buenos oculares. En seguida se puso á mirar Tirabeque, y asi que la vió dentro del diámetro del lente, exclamó alborozado; señor, señor, ya está acá: ¡ay que maja es, mi amo! parece de plata: lástima es que esté partida. Ay ay, señor! que se me marcha.—¿Por donde te se marcha, hombre? —Por la izquierda. —Pæes mira, te equivoqué en el movimiento de rotacion segun la direccion, ¿no? —Izquierda á derecha. —Señor, ¿cómo se me va á irse aqui por la izquierda? —El movimiento consiste en que se me va á irse bastante. —¿Pero cómo se me va á irse? —No que *invierte*, señor, sino que *invierte* la direccion y el movimiento. —¿Como este? —Como este, señor. —¿Pero los ministros no se van á irse á qué viene? —¿A qué viene? —A qué viene, señor;

porque como ellos ven las cosas á la inversa que los demás, y cuando la cosa va hácia atrás ellos dicen que va hácia adelante, por eso decia yo.—Tenga vd. la bondad, señor lego ó lo que vd. sea, le dijo el profesor, de no producirse aqui en esos términos contra los señores ministros.—Oiga vd., señor astronomista, le contestó Tirabeque; pues qué; ¿en los observatorios astronómicos no se puede decir la verdad? Pues si vd. me anda con esas luego me voy de aqui porque yo no sirvo para estar donde no pueda decir las verdades.—No le haga vd. caso, le dije yo, porque es un poco simple este mozo. Vaya, vuelve tú á mirar, Tirabeque, que ya este caballero te ha traído otra vez la luna al espejo.

En efecto volvió Tirabeque á mirar y se halló otra vez con la luna, admirado de la facilidad con que el astrónomo la manejaba haciéndola venir siempre que era necesario. Esto le impulsó á decirle: Señor astronomista, haga vd. ahora un *eclís.*—Esta no es noche de eclipse, amigo.—Aunque no lo sea, bien podia vd. hacer una escecion de regla, basta que haya venido mi amo esta noche, que sabe Dios cuando podrá volver.—Repito, señor director, que no haga vd. caso de este simple.—¿Pues cuando sucede el *eclís*, señor?—El eclipse se verifica cuando se interpone un planeta entre dos, por ejemplo la tierra entre el sol y la luna, y entonces á uno de ellos le falta la luz, como es con-

siguiente, recibíendola ambos del sol. ¿Tú no ves lo que está sucediendo ahora en el sistema planetario de nuestra España? Pues mira: Marte se interpone entre el Sol y Mercurio, y resulta que ni nos alumbra Mercurio, ni nos alumbra Marte, ni de consiguiente el Sol, aun cuando este luminoso planeta esté siempre derramando la misma copia de luz, porque la impide ó frustra la interposicion de los cuerpos ó planetas opacos.—Señor, como no entiendo de *astronomía* me he quedado *peristam* con la esplicacion.—Vaya, pues te lo explicaré mas claro. El general Espartero, que es Marte, ¿me entiendes?—Si señor.—Se interpone entre la Reina que es el Sol, ¿estás?—Estoy.—Y los ministros Castro y Mon, que son dos Mercurios, el uno por el dinero y el otro por la jurisprudencia; y de aqui ha resultado el eclipse ministerial que nos tiene á oscuras hace ya tantos dias, y que constituye tambien lo que los periódicos llaman *crisis* y tú llamaste el otro dia á tu modo *clis*. Pues aun hay mas, Tirabeque: y es que segun ciertas observaciones astrómico-atmosféricas hay pronósticos de que otros planetas de segundo orden que están encargados de describir sus respectivas órbitas en mas pequeños círculos van á tomar parte en esta interposicion, igualmente que algunos cometas de mucha cola y mucha barba; y aun se teme que haya una *conjuncion máxima* entre Júpiter y Saturno, de forma, Pelegrin

mío, que yo estoy viendo un choque planetario un poco brusco de que han de resultar *mutaciones sublunares* de consideracion, y del que hemos de sacar las narices rotas las pobres estrellitas que dependemos del influjo de los grandes astros. En fin ahora verás á Júpiter, que este caballero nos hará el gusto de enseñarnos, y á ver si leemos en él algo de lo que te acabo de anunciar.

El profesor tuvo la bondad de prepararnos el antejo, y tuve efectivamente el placer de ver al mayor de los siete planetas principales, en una magnitud como la que presenta el sol á la simple vista natural. Luego que me hube enterado, se puso á observar Tirabeque.—Le ves Pelerin?—Si señor, aqui veo una cosa que parece una luna.—¿Y lees algo en él?—Señor, no veo letra maldita: antes me parece un redondel de papel blanco.—Quiero decir si conoces el influjo que podrá tener Júpiter en el sistema celeste.—Señor, paréceme que no podrá ser mucho.—Pues mira, es tanto como el del embajador francés acá entre nuestros planetas. ¿No ves esas cuatro estrellas que están junto á él, dos á un lado y dos á otro?—Si Señor, las veo.—Pues son sus satélites; es decir, la camarilla: nunca verás que se aparten del planeta. Su órbita está entre la de Marte y la de Saturno, como quien dice entre Espartero y D. Carlos, asi como si se interpusiera para no dejarles venir á las manos, porque

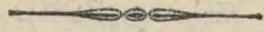
;

18  
 sí se dejára á Marte, segun los humos que tiene, el dia menos pensado pegaba un trastazo á Saturno que le lechaba á rodar con mil demonios del cielo á bajo. ¿Quiéres ver á Saturno?—Señor, no tengo inconveniente, si este señor nos hace la gracia.—Con mucho gusto, contestó el condescendiente profesor. Aqui tienen vds. preparado el ocular. Verán vds. el planeta de mas tétrico y maligno influjo de todo el sistema.—Bien decia mi amo, señor, que ese D. Saturno era como D. Carlos; Dios me libre de esos dos *plinetas*.

Vaya, Tirabeque, ahí verás á Saturno con su anillo; ya ves que anillo tan ancho; es como los que se traen ahora. ¿Ves al planeta en medio?—Si señor, allí veo otro redondel.—Pues, como que ves á D. Carlos encerrado en las provincias Vascongadas esparciendo desde allí su siniestra influencia, defendido por aquel anillo, que le separa de la region de Júpiter, que es como la cordillera del Pirineo que le pone en contacto con el reino de Luis Felipe y por donde le entran los auxilios para que pueda vivir dentro de su estrecho círculo. Le verás ya muy comprimido por dos lados; ¿no es verdad?—Si señor; por aquellos dos lados ya le puede apretar un poco el anillo.—Pues esas son la línea de Hernani y la de la parte de Estella; por eso quiere estender Júpiter su influjo á aflojarle ó desahogarle por esos lados para que no se lastime, ¿no es verdad, señor profesor?—Dispéñseme Vuestra Paternidad, P. Fr. Gerundio,

que no le satisfaga á esas preguntas (pues mi profesion no tiene por objeto los conocimientos y observaciones politicas sino las puramente fisicas de los astros.

Diga vd., señor *astromonista*, ¿y qué mas nos enseña vd. esta noche?—Por ahora no pueden verse mas planetas, porque es necesario esperarles al paso, y á estas horas no se presentan mas.—Diga vd.; y las siete cabrillas no las podemos ver?—Las siete cabrillas están mamando ahora, y no salen.—¿Y el carro triunfante?—El carro triunfante tiene roto un eje y no anda.—¿Y el camino de Santiago?—El camino de Santiago lo dejó el señor Manso lleno de facciosos, y no se puede asomar á él sin esposicion.—Me alegro, Tirabeque, que conteste asi este caballero á tus imprudentes é importunas preguntas. Ruego á vd. mi amigo, se sirva mirar con indulgencia las impertinencias de este simple: asi como me sabrá dispensar este rato de molestia que le hemos dado.—Y siendo ya una hora avanzada, nos retiramos despues de recibir nuevamente los mas finos ofrecimientos de aquel ilustrado profesor.



EL CAPITAN LAZARILLO.

Animo, que hay olla; alentaos, jóvenes incautos y herbosos; vosotros, mancebos de quince á veinte y cinco, á quienes hace cosquillas la sangre por todo el cuerpo, y os bulle y hierve en el corazon como legía en caldera bien atizada; echad mano á la tizona, requerid la espada y el chapéo,

Coged las armas y el acero fino  
que destroza y asuela, y raja y parte:  
romped, cortad y abollad hasta que deis á la fama mas hazañas que la dió D. Belianis de Grecia, ó nuestro compatriota el de la Mancha: seguid la noble carrera de las armas, que como decia aquel buen soldado cuya estatua está dando envidia en la plazuela de las Cortes, bien puede disputarse el honor á la de las letras. Seguidla, hijos míos, con virtuoso afán, que buen premio os aguarda, y á buen bocado buen grito, y lo que mucho cuesta mucho vale también. Andad que en llegando á capitanes, ya podeis retiraros con vuestros honores, seguros de que no os faltará una buena plaza de..... lazarillos de algun ciego.

La feliz idea de emplear en este caritativo oficio á los capitanes retirados se debe á unos alcaldes ó regidores de monterilla, que no todas

las inspiraciones y descubrimientos útiles han de salir de las grandes poblaciones ; no señor. Ha sido pensamiento original de los regidores del pueblo de Bores en Peñamellera, que con motivo de haber llegado á aquel pueblo un ciego sin lazarillo, obligaron al capitán retirado don A. M. E. á servirle de guía lazarillesca hasta el inmediato que fue relevado por otro. (1) Tienen razon los regidores de Bores; ¿por qué no se ha de emplear en algo un retirado y no estar todo el dia de Dios pensando en sus hazañas y su hambre, viendo ir y venir al sol, llenar y menguar la luna, reemplazar el otoño al verano, y el invierno al otoño, y crecer su hambre y multiplicarse los agujeros de su casaca, y estar siempre esperando su paguita, y quedarse siempre *ab illo benedicaris*? Pues que sirvan para lazarillos de ciegos.

Yo Fr. Gerundio de Campazas, que ni soy regidor, ni capitán retirado (ni por retirar), ni ciego ni lazarillo, ni me sentí nunca con vocacion á ninguno de los precedentes oficios, entiendo que podia mejorarse el pensamiento de aquellos miembros de justicia, elevándole digámoslo así á

---

(1) Esto se lo escribe á Fr. Gerundio otro capitán retirado sexagenario, perlático y baldado, á quien el regidor de su pueblo (Bidiago) espetó una multa por no haber ido á trabajar de facendera en la recomposicion de un camino, lo cual no se le haria extraño á Fr. Gerundio habiendo visto en Leon algunos oficiales retirados trabajar de peones de albañil.

una cuarta potencia, subiéndole de punto, y destinando á los oficiales retirados para lazarillos de los ministros de Hacienda, que con su abandono han sido causa de que esta benemérita clase haya caído en un ~~tan~~ deplorabile vilipendio. Seria gusto ver á un ex-ministro de Hacienda, que todos ellos han padecido gota-serena, publicando por la calles *«el papel que ha salido nuevo, á dos cuartos, á dos, el papelito que acaba de salir ahora.»* Y guiándole un coronel ó capitán retirado diciendo: «hermanos, una caridad para este pobrecito ciego, que perdió la vista á fuerza de manejar dinero y no pagar.»

Lo mas que podria suceder, seria que algun mal intencionado lazarillo hiciese lo que hizo el de Tormes con su amo para vengarse de su miseria y tacañeria, cuando al pasar por frente á un poste le decía: «mi amo, aqui hay un arroyo, dé vd. un buen salto no sea que se moje los pies.» Saltaba el ciego, y se aplastaba las narices contra la columna. Si tal sucediese (lo que Dios no permita), diria Fr. Gerundio á todos los que aspirasen á ministeriar en hacienda: «hermanos, abrid una cuarta de ojo y pagad; mirad no os entre la gota-serena, y vengais á estrellaros las narices contra un poste como el ciego del Tormes.»



# !!! Pobrecitos!!!

N.

¿Quién va á la ronda?—El ministerio, que ni sube ni baja, ni está quedo.—Efectivamente lo mismo está el ministerio que estaba Quevedo cuando ni subia ni bajaba; ni mas ni menos está que incensario en manos de acólito. Sin embargo andan en bocas muchos nombres de sacristanes á quienes se trata de encomendar el manejo y maneo del *turibulo* (incensario) ministerial, que segun los miasmas que llegan á las narices gerundianas, mas puede estar ya lleno de mirra que de incienso. *El Castellano* hablando de la materia, da un sano consejo á S. M. sobre la eleccion de los sacristanes que hayan de reemplazar á los que parece van á entregar las llaves de la sacristia. Yo Fr. Gerundio me atrevo tambien á aconsejar á S. M. que por Dios tenga cuenta de no echar mano de aquellos sacristanes de quien se dice

Sacristan que vendes cera  
y no tienes colmenar,  
ó la rapas ó la robas,  
ó la quitas del altar.

En fin quisiera que S. M. no eligiese unos acólitos, de quien pueda sospecharse que al ver la manera con que sueltan estos el incensario,

esclamen ellos; «¡pobrecitos! *asi le soltarémos nosotros de aqui á un mes ó dos.*»

Esto me hace acordar del dicho de aquel artesano, que todos los dias de la semana ayunaba á vino por poderse emborrachar á sus anchas el domingo por la tarde. Tal costumbre habia adquirido ya *el tío Lilailas* que ó no habia de haber tardes dominicales ó *mi tío Lilailas* se habia de emborrachar todas y cada una de ellas. Tan por supuesto lo daba ya, que habiendo encontrado la tarde de un sábado á un borracho tendido en la calle, se puso á mirarle muy atento, y exclamó lleno de dolor y compasion: «¡pobrecito! *asi estaré yo mañana por la tarde.*»

Quisiera pues que no se entregase el incensario ministerial á quienes pueda decir al ver como lo dejan estos: «¡pobrecitos! *asi nos veremos nosotros de aqui á quinze dias.*»

